

## NICETO DE ZAMACOIS

Nació en Bilbao, España, el año de 1820. Murió en México, D. F., en 1885.

Autor de: *Historia de México*, 18 v. en 20 tomos (1877-1882); de varias novelas, entre otras: *El Mendigo de San Angel* (1952); *Un ángel destronado del cielo, leyenda religiosa* (1855); *El capitán Rossi* (1860); *El Jarabe* (1861); un ensayo, *Testamento de "El Gallo Pitagórico"* (1855); *La herencia de un barbero* (1879); libros de poesías: *Los ecos de mi lira* (1849); *Los Misterios de México* (1850); redactó dos capítulos de *Los Mexicanos pintados por sí mismos* (1855). Tradujo al español varias obras, entre ellas *Los últimos días de Pompeya* (1871). Colaboró en los periódicos *El Cronista*, *La Sociedad Mercantil* y *El Siglo XIX*.

Cultivó tanto la historia como la novela y la poesía, así como el periodismo. Vivió en una época difícil y tuvo que abandonar el país algún tiempo. En España redactó su *Historia de México*, valiosa por el testimonio directo de muchos hechos que él conoció y de numerosos hombres prominentes cuya amistad cultivó, así como también por la gran cantidad de documentos incorporados a lo largo de ella, lo que le da un gran valor documental para ciertas épocas.

En la novela siguió la línea romántica. Sus aseveraciones históricas han sido comentadas con agudeza por don Agustín Rivera, en los *Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España* y *La Revolución de Independencia*, 2 v. Lagos, Tipografía de Vicente Veloz, 1887-1888.

Fuente: Niceto de Zamacois. *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*. 18 v. México-Barcelona. J. F. Parrés y Comp., Editores 1877-1882 XII-785-803.

### MOLINO DEL REY

Con el nombre de Molino del Rey, es conocido un edificio situado al Occidente del Cerro de Chapultepec, que se encuentra dividido en dos departamentos por un acueducto. Uno de los departamentos formaba el molino de harinas que desde hacía pocos años se le había denominado del *Salvador*, y el otro departamento era el antiguo molino de pólvora, y que, en aquellos momentos, estaba convertido en fundición de cañones. El conjunto de este edificio, que era de cantería y amalgaloides porosa, conocida en el país con el nombre de *tezontle*, terminaba, al Norte, con la calzada llamada de Anzures,

que tuerce para otra denominada la Verónica, y al Sur las espesas paredes que caen a las lomas y campos de Tacubaya. Al frente del edificio se extendía una vasta meseta con algunas sinuosidades, llamadas vulgarmente lomas del Rey, rodeada de suaves colinas, desde cuyo último término se descubre la poética y encantadora cordillera que ciñe, graciosamente, el grandioso valle de Méjico. Otro edificio construido asimismo de amalgaloides porosa o tezontle y cal, conocido con el nombre de Casa Mata, se descubría al Noroeste. Este edificio de forma cuadrada que estaba aislado y rodeado de fosos y ligeras fortificaciones, era el depósito de pólvora. Tanto éste como el primer edificio, se encontraban protegidos por los fuegos del castillo, situado en el cerro que se eleva en el bosque de Chapultepec; castillo que entonces servía de colegio militar; que el emperador Maximiliano destinó para residencia suya en la estación de los calores, y que hoy han elegido los presidentes para habitarlo durante el verano.

Santa Anna estableció en este terreno su campo de batalla de una manera acertada, que mereció la aprobación de los inteligentes en el arte de la guerra. La colocación de la batalla formaba una línea oblicua, cuya derecha se apoyaba en la Casa Mata, y la izquierda en el sólido edificio del Molino del Rey, que venía a formar, como he dicho, dos departamentos, uno que constituía el antiguo molino de pólvora, y el otro el de harinas, llamado entonces del *Salvador*. Santa Anna, que consideraba ventajosa su posición, dio orden en la madrugada del día 7 de septiembre para que las tropas de su mando cubriesen la línea en la forma siguiente: La brigada del general D. Antonio León, que se componía de los batallones de la guardia nacional Unión, Querétaro, Mina y Libertad, en la izquierda de la línea, esto es, en los molinos; la del general graduado, D. Francisco Pérez, compuesta del 11 de línea y del 4º ligero, en Casa Mata; la del general Ramírez, que estaba formada de los batallones Fijo de Méjico, 2º ligero y 2º de línea, con seis cañones, en el terreno que mediaba entre la Casa Mata y los molinos; la reserva, que la componían los batallones 1º y 3º ligeros, se situó en el bosque de Chapultepec, a la derecha de la entrada de éste, casi al pie del cerro del mismo nombre; y la caballería, en número de 4,000 hombres, al mando del general D. Juan Alvarez, se situó en la hacienda de los Morales, a poco menos de una legua de Chapultepec. La brigada del general D. Antonio León, fue reforzada a poco, por la del general Rangel; y a la caballería

se le dio orden, en la tarde del mismo día 7, de que se colocase a tiro de fusil de la Casa Mata, dando a su jefe las instrucciones convenientes para que cargase con decisión sobre los norteamericanos rompiendo su flanco izquierdo. El general Santa-Anna, lleno de actividad y de esperanzas en el triunfo, colocó, por sí mismo, todas las tropas en los puntos indicados; y a fin de que se ejecutase todo de una manera precisa, dio personalmente las instrucciones más minuciosas al general Alvarez respecto de la caballería, y hasta le marcó el terreno más a propósito por donde debía desfilar.

El entusiasmo que reinaba en el ejército y la guardia nacional era grande: todos confiaban en el triunfo, y al ver recorrer al general Santa-Anna, con sus ayudantes, todos los puntos de la línea, los vivas a él y a Méjico resonaban sin cesar en el viento. Las disposiciones del general en jefe para la batalla que se esperaba al siguiente día, parecieron acertadísimas a todos, y el campamento mejicano se convirtió, en la tarde del 7, en un animado paseo, a donde concurrió una gran parte de la población. Santa-Anna, comprendiendo cuán fácil era en la campaña que se había emprendido en el valle de Méjico, que una bala le privase de la vida, o que en un revés de la suerte cayese prisionero, quiso dejar una persona que ocupase el primer puesto en el gobierno, y al efecto ordenó a su ministro de Relaciones, D. José Ramón Pacheco, que transmitiese a D. Manuel de la Peña y Peña, presidente de la suprema corte de Justicia, un decreto reservado, con el objeto de que hallándose en poder de él, lo publicase en su caso, conservándolo, entre tanto, bajo una perfecta reserva. El 7 de Septiembre, el ministro, transmitió a la persona indicada el mencionado decreto, que estaba concebido en estos términos: "Antonio López de Santa-Anna, general de división, benemérito de la patria y presidente interino de los Estados Unidos Mejicanos, a los habitantes de la República, sabed:

"Que siendo el mismo presidente de la República, en virtud del decreto que expidió por las facultades con que se halla investido, general en jefe del ejército que opera contra el de los Estados-Unidos para la defensa de esta capital: atendiendo a los azares de la guerra y a la obligación de prever todos los casos, en los momentos en que ni el congreso general ni el consejo de gobierno se hallan reunidos, como tampoco la comisión permanente de que habla el decreto de 20 de abril último, y siendo el caso más grave que pudiera ocurrir el de quedar acéfala la nación en estas circunstancias: conformán-

dome con el artículo 97, sección 2ª, título 4º del código fundamental de la República, y en uso de las amplias facultades concedidas al supremo gobierno por el citado decreto de 20 de Abril, he tenido a bien decretar lo siguiente: Primero: En caso de sucumbir, o de caer prisionero el actual presidente interino de la República, lo sustituirá el presidente de la corte suprema de Justicia, y como adjuntos a él, los Excmos. Sres. generales de división D. José Joaquín de Herrera y D. Nicolás Bravo. Segundo: Esta sustitución durará, atendidas las circunstancias, sólo el tiempo que fuere necesario, hasta que el congreso en su caso pueda reunirse para nombrar el presidente interino, o hasta que se verifique constitucionalmente la elección por los Estados. Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio de gobierno federal en Méjico, a 7 de Septiembre de 1847.—Antonio López de Santa Anna.—A D. José Ramón Pacheco.”

Dado este decreto que, como hemos visto, debía quedar reservado hasta que llegase el caso de caer prisionero Santa Anna o de perder la vida durante aquellos días supremos, el expresado general no pensó más que en la lucha próxima, ni se ocupó más que de disponer todo lo necesario para ella.

Al oscurecer del expresado día 7, el general Santa Anna cambió, en parte, la línea de batalla que había llenado las exigencias de todo militar, y dispuso que varios cuerpos de la derecha, izquierda y centro, pernctasen en diversos puntos. Parte de la brigada del general Rangel que cubría los molinos, a la izquierda de la línea, se situó en la casa de Alfaro, donde se celebraron las conferencias de Trist con los comisionados mejicanos, que se halla en la calzada de Méjico a Chapultepec, y el resto entró en la capital. En la Casa Mata permanecieron los batallones 4º y 11º, y en los molinos continuaron los batallones de guardia nacional Unión, Libertad, Querétaro y Mina, al mando del general D. Antonio León. Los seis cañones del centro que, enfrente a la casa del molino se habían colocado entre unos magueyes, llamados pita en España, se quedaron sin fuerza que los cuidase, no obstante las advertencias hechas por el general de artillería D. Martín Carrera, indicando aquella falta o fatal descuido; y al 3º ligero, que formaba parte de la reserva, se le ordenó que durmiese en Chapultepec. Por lo expuesto, se ve que la línea de batalla establecida por la tarde, había sufrido alteraciones por la noche. Veamos ahora la posición que guardaba el ejército norte-americano. El cuartel general lo había establecido Scott

en Tacubaya; y el día 7 envió al capitán Masson, con una fuerza de veinte dragones, a que reconociese las posiciones mejicanas. Practicado este reconocimiento y resuelto a atacar los puntos del Molino y Casa Mata, encomendó la empresa al general Worth, que era uno de los más entendidos del ejército. Resuelto el ataque, y confiada la función de armas al expresado general, las tropas invasoras se presentaron a las tres de la mañana del día 8 en este orden. A distancia de quinientas varas de los molinos, en un punto bastante elevado del terreno, se veían dos cañones de a veinticuatro, confiados al capitán Huger. Estos cañones que batían el flanco izquierdo mejicano, dominaban absolutamente la posición, y barrían una era que se hallaba fuera de los edificios. En otra suave altura, pero que dominaba el camino real de Tacubaya a Chapultepec, y amagando ya a la Casa Mata, ya a los molinos, ya a la caballería que amenazaba el flanco, estaba situada una batería de seis cañones, a las órdenes del coronel Duncan. sobre la llanura y enfrente la Casa Mata. La reserva se colocó a muy corta distancia de la línea, pronta a marchar al sitio que fuese necesario.

Al asomar la luz primera de la aurora del día 8, los cañones de a veinticuatro encomendados al capitán Huger fueron los primeros que rompieron el fuego sobre el Molino. Cuarenta y cuatro piezas de artillería arrojaban una lluvia incesante de proyectiles sobre la posición referida, que los mejicanos se habían propuesto defender a toda costa. El castillo de Chapultepec contestó inmediatamente con sus piezas de artillería a los disparos de los invasores, y la muerte asomó a la cabeza en ambos campos, a los primeros albores del día. Los norteamericanos dispusieron inmediatamente una columna de mil hombres para dar el asalto sobre los molinos. Esta columna, protegida por los cañones de a veinticuatro, y seguida a corta distancia por un batallón de infantería ligera, al mando del coronel Smith, avanzó resueltamente a paso de carga. Tanto la primera columna como el batallón que le seguía, marchaban llenos de entusiasmo hacia el frente de los molinos. La brigada del general D. Antonio León, compuesta, como queda dicho, de los batallones de guardia nacional Unión, Libertad, Querétaro y Mina, estaba colocada en el acueducto y en las azoteas, y esperó serena a los asaltantes. Cuando éstos llegaron a distancia corta del punto codiciado, se rompió sobre ellos un fuego vivo y certero de fusilería. Si en la noche del día anterior no se hubiese retirado de aquel punto, por orden del

general en jefe, la brigada del general Rangel, los norteamericanos se hubieran encontrado cruzados por todas partes de un fuego destructor; pero al ver sin defensores parte de la línea, y con pocos artilleros los cañones, se lanzaron sobre éstos, que estaban colocados en un magueyal, enfrente de los molinos, como dejé consignado en otro lugar. Al apoderarse de tres de ellos, prorrumpieron en *hurras*, y contentos de aquel triunfo, se retiraban en el mayor abandono con sus trofeos, para volver sin duda, al dejarlos, de nuevo al asalto, puesto que habían recibido la orden de apoderarse a viva fuerza de los molinos. La tropa del general D. Antonio León, colocada en el acueducto y las azoteas, hubiera querido salir de sus respectivos sitios para lanzarse sobre los contrarios que se llevaban aquellos tres cañones; pero era preciso que permaneciese en sus posiciones para esperar el nuevo asalto, y le fue, por lo mismo, imposible satisfacer su deseo. Las baterías del castillo de Chapultepec eran las únicas que, con sus tiros certeros, hacían algún daño a los que orgullosos de su presa, se alejaban con ella, ebrios de contento. En aquellos instantes apareció de repente en los molinos, a la cabeza del 3º regimiento ligero, el coronel D. Miguel Echeagaray, a quien se le mandó situarse la noche anterior en Chapultepec. Lleno de valor, henchido de entusiasmo, y ardiendo en fuego patrio su alma, arengó a su columna, y aquellos setecientos soldados de buena tropa mejicana, se lanzaron como leones sobre más de ochocientos invasores victoriosos. La columna norteamericana, al verse acometida de una manera tan terrible, se desconcertó, y no pudiendo resistir el pujante choque, huyó precipitadamente, perseguida de cerca por el 3º ligero. Los invasores, al verse acosados y casi alcanzados por las puntas de las bayonetas mejicanas, abandonaron los cañones de que se habían apoderado, y continuaron su fuga. El 3º ligero, sin querer detenerse a recoger la artillería, marchaba en persecución de los contrarios, haciendo un gran estrago en ellos, y así llegó hasta ponerse a tiro de fusil de la línea de batalla de los invasores. Para mantenerse en aquella posición necesario era que marchasen en su apoyo otras fuerzas; pero éstas no se presentaron en su auxilio. Amagada el ala derecha por una numerosa columna y batida a la vez por la artillería de Duncan, se encontraba imposibilitada de correr en defensa de sus compañeros de armas; la reserva que debía estar dispuesta a volar a donde las circunstancias hiciera necesaria su presencia, no se presentó en el campo de batalla, y los

cuatro mil hombres de caballería que, a las órdenes de un jefe valiente hubieran contribuido a alcanzar una completa victoria, permanecían fríos espectadores del conflicto a que, por su arrojo, se encontraba expuesto el 3º ligero. El centro de la línea, cuyo deber era marchar en auxilio ya de la derecha o ya de la izquierda, puesto que él no había sido atacado, se presentó al fin en los molinos, a las órdenes del general D. Simón Ramírez; pero cuando se esperaba entrase en acción, como lo anhelaban los soldados y la oficialidad, el expresado general se alejó del campo de batalla sin que nada intentase, y no se le llegó a ver más en aquella comprometida acción, que él pudo haber resuelto favorablemente para Méjico. El 3º ligero, que se veía sin apoyo a la larga distancia de las posiciones mejicanas, detuvo su avance. Su valiente coronel, D. Miguel Echeagaray, comprendió la crítica posición en que se encontraba; pero no desmayó. Conservando, por el contrario, su sangre fría que era necesaria en aquellos solemnes momentos, y al verse rodeado de numerosas fuerzas enemigas, arengó a sus soldados, les dijo que era preciso volver a las posiciones en que estaban sus compañeros de armas, y se retiró recogiendo los cañones que llevaban por trofeo los invasores, y ostentando sus soldados muchísimos despojos de sus contrarios.

El valiente Echeagaray, así como su excelente tropa, al llegar a la línea mexicana con los cañones rescatados, fueron recibidos con vivas y gritos de entusiasmo. Retirada a su línea la columna norteamericana asaltante, el general Worth, que dirigía esta acción de guerra, cambió su línea de batalla, y dispuso un ataque más general sobre las posiciones mejicanas. Concebido y resuelto el nuevo plan, se puso inmediatamente en ejecución. La columna que había sido rechazada, fue aumentada con la reserva de la brigada del general Cadwallader, y estas respetables fuerzas unidas y mandadas por el expresado Cadwallader, avanzaron de nuevo y resueltamente sobre los molinos. A la vez que esta formidable columna se dirigía al punto señalado, otra no menos poderosa marchaba sobre el frente de la Casa Mata, mientras una tercera, tomando una línea diagonal al Norte, se dirigía a atacar un ángulo de la misma Casa Mata. El coronel Duncan, avanzando los seis cañones de su batería, los situó en dirección diagonal de la referida Casa Mata, en disposición de dispararlos sobre la caballería mejicana. Otra batería de dos cañones se mandó adelantar para hacer fuego sobre el acueducto, y las compa-

ñías de dragones norteamericanos se dirigieron a encontrar a la caballería mejicana.

Mientras los invasores habían dispuesto diestramente su ataque y reforzado sus columnas, las tropas mejicanas, llenas de entusiasmo, se preparaban a defender sus posiciones a todo trance. Durante todo el tiempo que duraron las disposiciones de uno y otro campo para emprender con más vigor el combate, estuvo sosteniéndose un vivísimo fuego de cañón por una y otra parte. Dispuesto el asalto por segunda vez, y avanzando los invasores en la forma que dejo expresada, la batalla comenzó de nuevo con más terrible ardor.

La columna que se dirigía a los molinos a paso de carga, fue recibida con un fuego certero y sostenido de fusilería que salía del acueducto y de las azoteas, de una zanja en que el coronel Echeagaray había colocado algunos tiradores del 3º ligero, y de una pieza de artillería, defendida por otra fuerza del mismo cuerpo que el expresado Echeagaray había colocado en la era que se hallaba entre los dos molinos. Los norteamericanos, al recibir aquel fuego destructor, vacilaron y detuvieron su avance, aunque sin retirarse. La columna destinada a atacar la Casa Mata, marchaba resuelta, mandada por el coronel Mac-Intosh, a apoderarse del edificio, protegida por la batería de Duncan. Las tropas mejicanas que guarnecían aquel punto, al ver cerca a los invasores, no pudieron contener su entusiasmo, y en vez de esperarles tras de los parapetos, saltaron de éstos, formaron una línea de batalla, y marcharon sobre los norteamericanos haciendo un fuego horroso al encontrarse a distancia de veinte varas. Los asaltantes se sorprendieron; el jefe que les conducía al asalto y los principales oficiales cayeron muertos o heridos; la columna, al verse sin jefe, perdió la moral, y acribillada al fin por las descargas de la fusilería mejicana, huyó precipitadamente hasta llegar al sitio en que se hallaba la batería de Duncan, donde se detuvo. La otra columna norteamericana, permanecía quieta, pero imponente y formidable, inclinada hacia una barranca que separaba el terreno del combate; terreno que ocupaban los cuatro mil hombres de caballería mejicana a las órdenes del general D. Juan Alvarez.

Las tropas invasoras que habían sido rechazadas de la Casa Mata, volvieron a reorganizarse inmediatamente: la columna que hasta entonces había permanecido quieta, se puso en acción, y un número considerable de fuerzas volvieron a cargar de nuevo y con más furia sobre la Casa Mata. Igual cosa

sucedió con los asaltantes del Molino del Rey, quienes después de un instante de vacilación, avanzaron sobre la posición defendida con notable esfuerzo. Durante aquel tiempo en que las armas mejicanas rechazaban a los invasores, el general Alvarez recibió repetidas órdenes para que cargase con su numerosa caballería sobre los norteamericanos; pero pretextando que el terreno que le había indicado Santa-Anna el día anterior no era a propósito, y ocupado en buscar otro que creyese favorable, dejó de tomar parte en aquella batalla que él pudo decidir en favor de México. Si se hubiera lanzado en aquellos momentos sobre las fuerzas invasoras, el triunfo de las armas mejicanas hubiera sido seguro. El capitán Huger, con uno de los cañones de a veinticuatro bastó para contener todo intento de ataque de la caballería, como poco antes lo había contenido Duncan con su batería. Así la irresolución de un jefe privaba a los mejicanos de una victoria completa sobre sus contrarios. Al ver el general D. Nicolás Bravo, desde Chapultepec, que Alvarez no acometía, no pudo menos que lamentar que al frente de la caballería no hubiera estado un jefe intrépido; y el antiguo coronel D. Matías Martín de Aguirre, el valiente vizcaíno que se había distinguido antes de la independencia entre las tropas realistas mandando un escuadrón de mejicanos llamado *Fieles del Potosí*, le escribía al general Bravo, desde el mineral de Catorce, con más de setenta años de edad, lleno de indignación y de tristeza al saber que no había acometido la caballería: “¡Qué! ¿Se ha acabado la raza de aquellos valientes Fieles del Potosí?” No; la raza no había muerto: existía la misma; y los escuadrones hubieran acometido con el mismo brío que distinguía a los valientes a quienes se refería el anciano coronel Aguirre; pero les faltó un jefe decidido y arrojado. La causa del general D. Juan Alvarez hubiera pasado a tener alguna fuerza, si nadie, después de haber manifestado él que no era transitable el sitio que le había marcado el general Santa-Anna, lo hubiera cruzado; pero lejos de ser intransitable, pasó por él, a los pocos instantes, el mayor Sumner, a la cabeza de trescientos dragones, para marchar al encuentro de la fuerza de Alvarez, y ofrecerle una batalla, que éste no aceptó. Entre tanto los soldados y guardia nacional que defendían los molinos, se defendían con notable heroísmo.

El coronel de Mina, D. Lucas Balderas, hombre de una honradez proverbial, de un patriotismo a toda prueba, de un valor reconocido, y dueño de una acreditada sastrería, se en-

contraba a la cabeza de su batallón de guardia nacional resistiendo con denodado aliento el tercero y formidable empuje que los norteamericanos hacían por apoderarse de los molinos. Herido de un pie al principio de la acción, no quiso retirarse del campo de batalla; por el contrario, despreciando su herida siguió combatiendo con más decidido ardor; y llevado en esta tercera acometida de su valor y entusiasmo, se adelantó demasiado hacia sus contrarios, y cayó sin vida, atravesado de una bala. Méjico perdió, con la muerte de D. Lucas Balderas, un digno ciudadano; la sociedad uno de sus más honrados hombres; las armas un valiente y pundonoroso jefe, y sus hijos, que hoy ocupan un buen lugar en los círculos por su ilustración y finos modales, un excelente padre que supo darles productivas y honrosas carreras. El general D. Antonio León y el intrépido Echeagaray, a quien vimos en el primer ataque rechazar a los invasores y rescatar los tres cañones que llevaban por trofeo, oponían una resistencia tenaz a las numerosas columnas asaltantes. Igual entusiasmo y valor brillaban en el general D. Matías Peña, en el ilustrado oficial de ingenieros Colombres y en el coronel Cano, que se hallaban allí animando al combate a los soldados. Una lluvia de balas caía sobre los defensores de los molinos. De entre aquella lluvia de balas, una fue a herir al general D. Antonio León, que se presentaba en los sitios de más peligro, y cayó gravemente herido. Pocas horas después dejó de existir, dejando un nombre imperecedero en la historia, y un recuerdo de amor y de respeto, como lo dejó Balderas, en la memoria de sus conciudadanos. Pero no por la pérdida de estos dos valientes patriotas y de otro número considerable de intrépidos oficiales y soldados, desmayó el entusiasmo de los defensores de aquel punto. El coronel Echeagaray con su 3º ligero, así como los jefes del batallón de Mina, resistían denodados a los asaltantes, que recibían a la vez un fuego mortífero de una pieza de artillería situada en la era, y que la dirigía el capitán Méndez, del 3º ligero, en unión del ayudante Martínez.

Los norteamericanos, comprendiendo que de la toma del molino dependía la victoria, hicieron un empuje desesperado, y llegaron hasta la puerta, acometiendo en gran número a los que defendían ésta, al mismo tiempo que desalojaban a los tiradores del 3º ligero del acueducto, obligándoles a retirarse. Conseguido esto, los invasores pasaron al otro lado de la cerca, y cubiertos por un largo y crecido maizal que allí se encontraba, lograron penetrar por detrás de los edificios, derribando

una puerta, que defendieron algunos soldados que allí estaban, con admirable denuedo. Dueños los invasores del edificio, y rodeadas de contrarios, las tropas que lo habían defendido emprendieron su retirada en buen orden, marchando el Batallón de Mina por el maizal, y los restos del 3º ligero, con su valiente coronel Echeagaray, por otro punto. El coronel Tenorio, que se había manejado brillantemente y que se detuvo reuniendo a los últimos soldados que quedaban, cayó gravemente herido, y fue hecho prisionero.

Entre los hechos dignos de elogio que se presenciaron en la acción que dejo referida, es notable el siguiente: Un oficial del batallón de Mina, llamado Suazo, recibió una herida mortal; pero queriendo salvar la bandera de su batallón, hizo un esfuerzo supremo para levantarse, se ciñó la cintura con la expresada bandera, y vertiendo sangre, y casi moribundo, logró llegar a donde estaba la reserva, evitando de esta suerte que los invasores pudieran ostentar como trofeo la bandera de su cuerpo. Las pérdidas sufridas por los norteamericanos para apoderarse del punto de los molinos fueron grandes. La defensa hecha por los mejicanos, está elogiada por los documentos que respecto a las pérdidas sufridas por los invasores en ese solo punto, tuvo el ejército del Norte. De catorce jefes y oficiales que condujeron al asalto la columna, quedaron once fuera de combate.

Una vez dueños del Molino del Rey, y forzada, por consiguiente, aquella parte de la línea de batalla, los norteamericanos situaron una batería de cañones enfrente de las casas de los molinos, y echando a la vez mano de las piezas de artillería que acababan de caer en poder de ellos, dirigieron sus fuegos sobre la Casa Mata. El 4º ligero y el 11 de línea que, a las órdenes del general D. Francisco Pérez, había defendido tan brillantemente sus posiciones haciendo volver la espalda a sus contrarios, al verse ahora acometidos por todas partes, se resolvieron a hacer una defensa desesperada. Las columnas de los Estados Unidos se lanzaron unidas sobre aquella segunda posición, envolviéndola completamente. Los defensores los recibieron con un fuego mortífero, lanzado de las azoteas, de las ventanas y parapetos con notable acierto. La lucha se trabó pocos instantes después cuerpo a cuerpo, disputando palmo a palmo el terreno. El coronel mexicano D. Gregorio Gelaty, se presentaba en los sitios más comprometidos animando a sus soldados. En uno de aquellos momentos en que más se distinguía por su valor, cayó muerto por una bala

de fusil, disparada a quemarropa. Su tropa, sintiendo la pérdida de su jefe, trató de vengar su muerte, y se lanzó con más ardor al combate. Pero aquella lucha era desigual. La caballería, a pesar del clamor general de los muchos espectadores que de lejos presenciaban aquel combate, se mantuvo quieta, sin dar carga ninguna contra los invasores. Deshecho por esta causa el centro y forzada del todo el ala izquierda de la línea, las columnas norteamericanas, destrozada la Casa Mata por la artillería que operó por el frente y por los flancos, lograron al fin apoderarse del edificio, obligando a la tropa, que tan heroicamente lo había defendido, a retirarse con su digno general Don Francisco Pérez, por los maizales que se encontraban detrás de la casa, llegando así a la calzada de la Verónica.

Esta fue la victoria alcanzada por los norteamericanos en la batalla del Molino del Rey. El hecho de armas, aunque desgraciado para las armas mejicanas, fue altamente honroso por el valor que en él demostró la parte del ejército y guardia nacional que allí defendieron la honra de la bandera de Méjico. El mayor elogio que se puede hacer del buen comportamiento de los soldados mejicanos que defendieron la Casa Mata, está consignado también en los partes oficiales de los mismos norteamericanos, en que dicen que "línea a línea tuvieron que conquistar el terreno". El historiador norteamericano Greeley dice que "los mejicanos se batían con el valor de la desesperación". En esa batalla, las tropas mejicanas que entraron en acción carecieron de general en jefe, y obraron llevadas de su patriotismo, bajo el mando de sus respectivos jefes que se habían propuesto vencer o morir en los puestos que se les habían confiado. La causa que hubo para no hallarse el general Santa-Anna en ese combate, fue debida a que, esperando que el ataque lo emprendiesen los invasores por otro punto, se había alejado para tomar todas las disposiciones que juzgase convenientes.